



Nazarenos en procesión portando su Gallardete

MEDITACION AZABACHADA Y AZUL

¿Cómo no iba a ser Santa la Semana Santa, con lo que se veía? ¿Cómo no iba a serlo? ¿Cómo no iban a calarnos, con aquellos preparativos tan bien expuestos a la vista, que tanto nos hacían meditar en aquella preciosa temporada? Aunque anunciada, aunque también proclamado su predicador, todo lo que se percibía en aquellos días, saltaba al alma. Nada más entrar en el templo, extrañábamos las pilas de agua bendita vacías, como si de una auténtica sequía se tratara. El agua se había evaporado, escapara para dar paso a una sequedad, a una ligera costra de sal. En cuanto queríamos percibir más, ya estaban los primeros síntomas de dolor en los altares. Ya estaban las velas pálida, ya los jarrones sin flores. Los fríos altares, desposeídos de sus sabanillas, percibíanse como una pobreza infinita. Sobre ellos, el sacristán intentaba poner una escalera, para, en una acción meritoria, subir a enganchar unas cortinillas negras, que dejaban invisibles a las imágenes. Desaparecía la cara bellísima de la Purísima, con sus tonos rosas, con los ángeles volando. Se escondía la Virgen del Rosario, con sus cuentas irisadas, al sol de la mañana. Dejaba de estar San Antonio, con su Niño, bajado del cielo. En un abrir y cerrar de ojos, ya no veríamos el roquete de San Luis Gonzaga, que parecía recién estrenado. Ni el abrazo, a niños pobres, de San Vicente de Paul. Ni el picudo bonete de Santa Teresa. Ni el tizón, de llama dorada, de amarillo de fragua, que exhibía el perro guardián de Santo Domingo.

Quedaba la iglesia desnuda, sus pozas deshidra-

tadas, sus altos retablos vestidos de impresionantes mantas de luto, de un ambiente de noche sin estrellas. Aquellos lienzos se corrían, merced a unas argollas, y ya nadie podía alcanzar aquellas alturas para ver lo que ocultaban, para saber a qué amores arrojaban.

Aquellos días se hacían larguísimos. Ya no sabíamos pensar en el azul de la Inmaculada. Ni en la cofia blanquísima de Santa Rita. Ni podríamos imaginar el viso achocolatado del escapulario de la Virgen del Carmen. Ya perdíamos la cuenta, acordándonos de San Francisco, si sus manos estaban elevadas, en su tierna oración, en su diálogo con el sol.

Llegado el Sábado Santo, ya el agua volvía a las pilas, lagunas estremecidas. Ya los Santos recuperaban sus sonrisas, ya nos daban con sus miradas vida. La luna salía, dispuesta a segar toda hierba mala. Aparecía debajo de los pies de la Inmaculada, como una guadaña de plata. Parecía que la Dolorosa ya no lloraba. Y aquellas campanas calladas, empezaban a danzar dentro de nuestro corazón. Alegrías, colores.

Era azul el cielo y nacían flores en los floreros. El Domingo de Resurrección, era más azul el cielo. Mi gozo azul, mi deleitoso color.

En esta Semana Santa, dejadme que añore, que adore al crespón negro. Dejadme que me alegre, que tenga un éxtasis con mi azul, mi azul celeste.

Luis ROMAY G. ARIAS